

A sus compases entorna el lebré
 sus casi humanas pupilas de miel;
 y enamorada de su bandolín

por la florida ventana ojival,
 entre las ramas del verde jardín
 muestra la Luna su faz de cristall



TROVAS

A Felipe Valderrama.

I

Siempre suspirando,
 rosa carmesí;
 siempre suspirando...
 y siempre por tí

Te vieron mis ojos
 un amanecer...
 te vieron mis ojos,
 y no han vuelto á verte

¡Fuentecita clara
 déjame saciar
 en tus aguas claras
 esta sed de amar!

Corderito ciego
 oliendo tu pie...
 ¡Como estoy tan ciego
 nunca te veré!

Siento tu perfume,
 rosa carmesí;
 siento tu perfume
 sin hallarte á tí!

Extiendo las manos
 buscando el rosal;
 más en vez de rosas
 me hiere un zarzall!

II

—Lirio de los valles
 ¿qué ángel del Señor
 al pie de qué blanco
 jazminero en flor,

con qué luz de estrella
 ó con qué vellón
 en huso de plata
 tu túnica hiló?

—No fué ningún ángel
 el que me vistió...
 La luna de Mayo
 su traje me dió...

—¡Oh, luna de Mayo,
dame tu color,
dame un traje blanco
como al lirio en flor,
que con él quisiera
vestir á mi amor!

III

—Nevada de luna
alumbra tu puerta...
—No es la luna. Es
mi amada que entra.

—¿Qué nardos derraman
su olor en el viento?
—Mi amada que abre
la flor de sus senos.

—¿Qué ruiseñor canta?...
—No es el ruiseñor...
La voz de mi amada
que me dice ¡adiós!

SONETOS CLÁSICOS



RETRATO

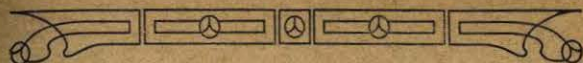
A Joaquín López Barbadillo.

Chambergo con cintillos de diamantes
y larga y señoril pluma encarnada;
cetrino el rostro, alfiva la mirada,
mostachos y sonrisas insultantes.

Descienden los cabellos ondulantes
sobre blanca gorguera almidonada;
ropa verde, de plata acuchillada,
puños de almagro y ambarinos guantes.

El ferreruelo pende de aurea joya.
La diestra sobre el largo estoque apoya...
Desafiante su mirada brilla...

Luciendo la arrogancia de su porte,
así cruza las calles de la villa
el más famoso hidalgo de la corte.



GALANTERÍA

Por ver quien recogía tu pañuelo
que dejaste caer á unos truhanes,
con el más bravo de los capitanes
al pie de tus balcones tuve un duelo.

Me hirió su espada bajo el ferreruelo,
y para confener nuevos desmanes
le hundí el acero hasta los gavilanes,
y cayó, desangrándose, en el suelo.

Y tu pañuelo recogí galante
con ademán del que recoge un guante.
Y envainando la espada enrojecida

me alejé sonriente y satisfecho,
apretando el pañuelo contra el pecho
para enjugar la sangre de mi herida



SIGLO XVII

Nada respeta mi valor. El miedo
fué siempre para mí palabra vana.
Maté á Don Luis de Almeida esta mañana,
y herí anoche á Don Lope de Toledo.

Sólo á dos hombres la derecha cedo
entre toda la chusma cortesana;
al noble Conde de Villamediana
y al señor Don Francisco de Quevedo.

No es porque me amilane ni me importe
el que ambos tengan merecida fama
de bravos pendencieros en la Corte.

Mas que su espada infúndeme respeto
del Conde el mordacísimo epigrama
y de Quevedo el cáustico soneto.



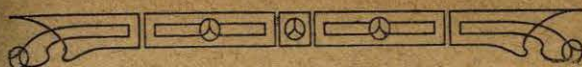
LOS NIDOS

Una cálida siesta de verano
vagando por un bosque, distraído,
miré un nido en las ramas suspendido
de un secular y bíblico manzano.

Por el áspero tronco trepé ufano,
y á través del ramaje, decidido,
tendí la mano hasta alcanzar al nido...
¡y una serpiente me mordió en la mano!

En las cálidas horas de la siesta
no busques nidos entre la floresta
y de mi triste estado ejemplo toma...

Teme, zagal, los ponzoñosos dientes...
¡Los que parecen nidos de paloma
son casi siempre nidos de serpientes!



LA COLMENA

En medio de floridos romerales
mi colmenar cuidaba noche y día.
En dulzura la miel que producía
nunca ha tenido ni tendrá rivales.

Más para causa de mis hondos males
una alimaña de la cercanía
toda colmena me dejó vacía,
devorándome abejas y panales.

Tú que guardas la miel en tus entrañas,
vigila las nocturnas alimañas
ávidas de chupar la miel ajena.

¡Pernocta siempre en tus dominios, joven
no vayan á asaltarte la colmena
y tus abejas y tu miel te roben!



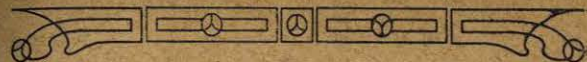
REBAÑO DE PIEDRA

Desde la verde cima de un otero
apoyado en su rústico cayado,
contemplaba un pastor á su ganado
beber en el vecino abrevadero.

Al dejar de beber, cada cordero
era en inmensa roca transformado,
y él también se quedó petrificado,
inmóvil y sin voz en el sendero.

Sintió la helada sensación que integra
 en la tierra inmortal todo lo muerto.
 Transformáronse en llanos las barrancas;

y hoy parece un pastor de piedra negra
 apacentando en medio del desierto
 un rebaño espectral de rocas blancas.



LA LEYENDA DEL AMOR

Amor llegó hasta mí, mientras dormía.
 Cautó y sin ruido penetró en mi tienda;
 cubrió mis ojos con su fina venda,
 y robóme, después, cuanto tenía.

Desperté, sollozante, al otro día,
 y hallé desnuda y sola mi vivienda.
 Me miré en la fontana de una senda
 y ni mi propia faz reconocía.